

DaBAR



Ciclo
C

17 de marzo de 2019
Domingo 2º Cuaresma

nº 19

Año XLV





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

Transfigurando

Jesús sube a la montaña con Pedro, Juan y Santiago, y se pone a orar. Esto es normal y entendemos la necesidad de alejarse del bullicio externo para acercarse a Dios. Todo normal (o lo que para Jesús era normal, que nos suele resultar extraordinario). Lo que pasó a continuación, como nos lo relatan los evangelios, debió tener su miga. No olvidemos que los evangelios nos cuentan la impresión que Jesús y los hechos de su vida causaron en los que convivieron con él. Y, por cómo lo cuentan, éste tuvo que ser un momento de muchísima importancia. Aunque los discípulos, sobre todo Pedro, no le pillaran bien el sentido.

Se aparecen junto a un Jesús de rostro radiante, Moisés y Elías, personificación de la Ley y los Profetas., puntales de la religión judía. Y Pedro, muy dispuesto él pero sin fijarse en lo que debe, se ofrece a cobijar a ambos. No ve que es Jesús el centro de la escena, y que es a Jesús a quien ha de mirar. Su atención está dispersa, no le ha bastado con subir a la montaña y dejar atrás su mundo cotidiano. Y no ve lo que se le pone delante. Nos pasa lo mismo cuando rezamos sin hacer el hueco debido, sin alejarnos un poco de las preocupaciones diarias, sin dedicar el tiempo necesario a centrarnos en Dios y en el rato que queremos pasar con Él.

Y llega la nube oscura. Simboliza nuestra confusión. En el mundo actual estamos perdiendo el sentido de lo sagrado, lo misterioso, lo que no alcanza a entender nuestra razón. Tanto lo perdemos que nos empeñamos en reducir la experiencia de nuestra vida a aquello que podemos ver, tocar y racionalizar. La nube oscura también trae la vivencia del pánico: no ver, no entender, no controlar... Solamente quedándose quietos y avivando el oído pueden los discípulos encontrar el sentido a tamaña oscuridad. Y escuchan la voz que les dice que no se confundan. Moisés y Elías están muy bien

junto a Jesús, pero es a Él, al hijo amado a quien han de prestar atención exclusiva. Escuchar sólo a Jesús. ¿Cómo andamos los cristianos de hoy con eso de la exclusividad? Creo que no muy allá. Con eso de quererlo todo segurito y de no fiarnos de lo que no asoma más allá de nuestras anteojeras, poner nuestro corazón sólo en Dios es misión imposible.

¿Cómo podemos escuchar a Jesús hoy? Pues leyendo los evangelios, que recogen los hechos de su vida y sus palabras con toda la fidelidad que supieron los que lo vieron y trataron. Los evangelios no son historia, no son doctrina, son transmisión de vivencias en las que apoyarnos para vivir aquí y ahora lo que se vivió allí y entonces. Son invitación a seguirle, a participar activamente de su proyecto, a hacer vida de ellos. Y deberían momento importantísimo de nuestras celebraciones dominicales. A veces respiro en misa la sensación de que todo la Liturgia de la Palabra no es más que un trámite latoso (o francamente tedioso, según lo inspirado del sermón) para llegar a la Eucaristía, que es lo que tiene importancia. La variedad de gestos de ausencia absoluta es digna de verse. No creo que tengamos asumida la importancia de escuchar el Evangelio en actitud de apertura, de acogerlo con ansia de empaparnos y dejarnos transformar. Oímos distraídos, con la atención puesta en algún otro asunto, y creo que la mayoría no recordamos de qué iban las lecturas al salir por la puerta de la Iglesia...

Leer, meditar, orar, contemplar. El antiguo método de acercamiento al Evangelio nos ayuda a confrontar personalmente, desde lo profundo de cada uno, lo que nos quiere decir Dios a cada cual. Es una ayuda excelente para hacer vida de la Palabra. Los pasos de la lectio divina siguen de plena actualidad, y satisfacen tanto a nuestra mente pensante como a la necesidad de reconstruir nuestro



espíritu de asombro ante lo Trascendente. El imperio de la razón, el dominio de la tecnología y la búsqueda del bienestar personal como centro de la vida no llenan el vacío de convicciones, no nos enseñan una forma satisfactoria de vivir.

Dios dice "Este es mi Hijo, escuchadle" Su voz atraviesa la nube oscura, disipa las dudas y el temor. ¿A qué esperamos para hacerle caso?

Aurora Gonzalo
aurora@dabar.es



Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Un acervo de tradiciones fue consolidando y aclarando la fe de Israel en el Dios único y sólo entre todos los dioses. Un acervo tradicional que fue ahondando las razones para sentirse elegido entre todos los pueblos, dado que solamente a él se fue paulatinamente revelando el Señor a través de los siglos. No sólo los hechos de salvación provocaron en Israel un afecto y dependencia al Señor sino que también fueron las personas que jalonaron su historia, la historia de Israel como pueblo de Dios, las que reafirmaron su fe en el Señor, dado que los personajes referencia de su tradición así lo practicaron.

Y Abrahán es uno de esos padres legendarios que Israel se atribuye como parte de una saga inacabable de gentes nobles. Nobleza en su comportamiento, en su sabiduría y en la confianza con que siguieron en cada trance los caminos que llevan a Dios. Sus experiencias personales o de grupo se convirtieron en paradigmas vivos, renovados generación tras generación para transmitir a Israel la experiencia de su íntima relación con Yahvé.

La escena de hoy, según nos dice la introducción vv.1-6, que no están contenidos en el texto litúrgico, nos dice que 'fue dirigida la palabra de Yahvé en visión en estos términos'. Se trata por tanto de un texto profético, y de una visión, o experiencia personal, revelatorio.

Dos tradiciones se unen en un mismo relato. La primera nos conecta la experiencia de Abrahán con Moisés, el gran legislador, el gran conductor del pueblo en el desierto, el perfecto creyente sumido y obediente a su propia vocación de oyente de la palabra que trasmite a su pueblo, aún a costa de tener que sufrir, como en el Sináí, el menosprecio del 'becerro de oro'. También a Abraham



se la revela el Nombre de Dios ('Yo soy Yahvé'; trad. 'El Señor') cuando aún no había sido revelado este nombre anteriormente ("Yo soy Yahvé. Me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como El Saddy; pero mi nombre no se lo di a conocer" Ex.6,2). Esta es la primera tradición: Abrahán ha sido elegido antes que Moisés para conocer a Dios y su testimonio es por tanto un privilegio que le autoriza a revelar a su pueblo que Dios está con él. Que sus promesas se cumplan.

Y esta es la segunda tradición: de cómo la promesa de cumplir las aspiraciones bien humanas de Abraham, que persigue tener un heredero y poseer una tierra en la que poder vivir, han de cumplirse al comprometerse Dios por pacto en cumplirlo con creces 'como las estrellas del mar y las arenas de la playa serán tus descendientes'. A esto se compromete Dios ante Abrahán cuando 'le concede' una alianza, que sólo Él suscribe entre las víctimas sacrificadas y divididas en dos partes. Posteriormente esta alianza se propondrá varias veces en forma de igualdad: 'Yo seré tu Dios; tú serás mi pueblo', a cambio de lo cual, cumple los mandatos que yo te doy'. Pero en definitiva cada vez es el Señor el que se compromete y cumple y es el pueblo el que no cumple y vuelve a comprometerse, ¿en vano? No. Como cada uno de nosotros a diario se compromete con el Señor en seguirlo, y cada día no le sigue... pero el Señor está al quite, porque nos conoce y nos ama.

Tomás Ramírez
tomas@dabar.es

Segunda Lectura

En el tercer capítulo de la carta a los filipenses, Pablo les pone en guardia contra el peligro de los judaizantes, es decir, de aquellos que, convirtiéndose del judaísmo al cristianismo, seguían y exigían prácticas judías. Las palabras de Pablo son muy duras contra ellos, llamándoles, incluso, "perros" (3,2). Pablo se refiere a la circuncisión, práctica que pedían los judaizantes, como una mutilación física. Afirma que al pueblo de Dios de la nueva alianza se pertenece no por realidades externas sino por tener el Espíritu de Jesús. Se trata de conocer profundamente a Jesús y, para ello, el mismo Pablo se pone como ejemplo.

Pablo se propone a sí mismo como modelo a imitar porque él imita a Cristo. Deben tener cuidado con los "enemigos de la cruz de Cristo". A quien debe tener miedo el cristiano debe ser a quien está contra la cruz de Cristo. Luchar contra la cruz de Cristo es quitarle todo el sentido a su obra. Esto le hace a Pablo tener "lágrimas en los ojos". Quienes están contra la cruz de Cristo son quienes se escandalizan de ella y la ven como una locura (ya sean judaizantes o cristianos libertinos (vv. 17-18).

Los enemigos de la cruz van acomodando su vida a su existencia. Pablo se podría referir irónicamente a los judaizantes y sus costumbres de alimentación o, también, a cristianos muy liberales que ponen el placer en la ausencia de todo esfuerzo humano. Ven todo desde una perspectiva mundana y terrena y no hacen distinción entre lo visible y eterno. El verdadero cristiano, aun viviendo en la tierra, tiene sus ojos puestos en el cielo. De ahí que Pablo proclame: "Nosotros, en cambio, tenemos una ciudadanía en el cielo". Un cristiano es peregrino en este mundo y no puede tener otra patria que no sea el Reino de Dios. Todo esto no significa desentenderse de este mundo, sino vivir aquí sin someterse al mundo y sus ideologías, sabiendo que estamos de paso (vv. 19-20)

Todo esto se completa con "esperamos como Salvador a Jesucristo el Señor", cuya explicación aparece en el v. 21. El cristiano espera la parusía, la venida del Señor. En ese momento "Él transformará nuestro mísero cuerpo en un cuerpo glorioso como el suyo". La enfermedad y la muerte ya no tendrá ningún poder sobre este cuerpo glorificado. Así, por fin Dios nos preparará ese



Reino definitivo en el que tendremos un cuerpo transfigurado. Ante esta esperanza, Pablo aconseja: "Manteneos firmes en el Señor". Los filipenses deben continuar viviendo en la fe porque el cristiano debe mantener la esperanza y la perseverancia, ya que el compromiso es de toda la vida (3,21-4,1).

Rafa Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

1. Aclaración de términos

Moisés y Elías. Personajes centrales en la tradición judía, con cuya vuelta se especulaba en época de Jesús.

La nube: Símbolo de la presencia de Dios.

2. Texto

Vs.28-32 Introducción narrativa

Lucas comienza con Jesús yendo a la montaña a orar en compañía de Pedro, Santiago y Juan y finaliza con los tres apóstoles dormidos (v.32). Imagen nada edificante de estos apóstoles, incapaces de acompañar a Jesús en su oración. Razón suficiente para que el dato no sea invención del evangelista.

En su sueño, los apóstoles ven la transformación del rostro Jesús y el resplandor de sus vestiduras, a la vez que escuchan a Moisés y Elías hablar con Jesús transfigurado sobre su destino de muerte y gloria en Jerusalén..

Vs.33-35 Pedro y la voz divina

El evangelista centra ahora su atención en los apóstoles, quienes, al despertarse toman conciencia de haber tenido en sueños una experiencia divina, que Pedro trata de perpetuar en la tierra en un alarde de mala interpretación.

Ya plenamente despiertos, Dios se les hace real y misteriosamente cercano invitándolos a escuchar a Jesús, hijo suyo predilecto.

Cercanía imborrable porque los llenó de miedo y temor, reacciones del ser humano que se encuentra con lo divino.

V.36 Anotación de Lucas

Silencio provisional de los tres apóstoles para evitar banalizar lo que habían vivido en la montaña.

3. Reflexiones

Cercanía misteriosa de Dios, cercanía real, audible, que, por un lado, apunta al Jesús de carne y hueso que los discípulos conocían y, por otro, apunta al Jesús presencia divina en medio de ellos. Por increíble que pueda parecernos, Jesús es el Dios accesible a nosotros. Escuchando a Jesús escuchamos a Dios.

Cercanía de Dios en un contexto de oración. Solo si oramos experimentaremos a Dios. Y para orar necesitamos recogimiento, interioridad. Sin ellos, ¡qué difícil es hablar con Dios y que Dios nos hable! ¡La voz de Dios es habitualmente discreta! El misterio de Dios sucede en el silencio y es en el silencio donde podemos oír la voz de Dios.

Alberto Benito
alberto@dabar.es



Notas para la Homilía

Leamos nuestra vida

Las lecturas de hoy son muy creativas y sugerentes. Piden nuestra complicidad para situarnos en estado de comprensión vital y experiencia religiosa. Tenemos que escucharlas desde nuestras propias vivencias que son similares a las de un nómada en medio del desierto, que es como decir la vida vivida a la intemperie mirándola de frente sin distracciones ni evasivas. Así es la relación con Dios, una relación cruda y sincera.

En la primera lectura se nos habla de Abraham inmerso en la experiencia de una noche en el desierto, rodeado de una nada inmensa y observando la totalidad grandiosa de un cosmos que afirma su grandeza en el derroche de millones de estrellas titilando en la visión estremecedora de un universo que, efectivamente, tiene tantos millones de estrellas como granos de arena puede tener un desierto de proporciones alucinantes.

Veamos nuestro cielo

En esa inmensidad, un pobre ser humano, que es rico en posesiones pero no tiene un trozo de tierra en la que sepultar a su esposa, busca ser algo más de lo que su propia experiencia le dice. Esa inquietud ya le sacó de "su tierra", la ciudad en la que vivía cómodamente "instalado", ajeno, entonces, a lo que significa dar entrada a la semilla de la búsqueda, al anhelo de plenitud, a la necesidad de un Dios digno de fe porque se toma en serio a los seres humanos con sus proyectos y sus anhelos.

Deambula "a la intemperie" sin encontrar lo que busca. La vida le ha sorprendido con mil aventuras de las que va saliendo con "su habilidad", su inteligencia, su trabajo, su

empeño. Pero lo que busca no lo consigue, le desborda, le supera, es superior a sus capacidades de ser humano, que son muchas pero no suficientes para su aspiración.

Y en ese contexto profundamente humano y sinceramente religioso, en medio de su visión integradora de cosmos, historia y más allá, le hacen una promesa: Tendrás lo que buscas. Aquello por lo que incansablemente te preocupas y buscas sin descanso se te dará.

Creemos a y en dios

¿Alguna prueba? No. ¿Algún signo? Sí. El gran signo de ese futuro será tu confianza. Porque lo más anhelado no se conquista. Se espera. Dios no juega a acertijos ni compadrecos en aquello que, para el ser humano, es muy serio. Cuando Dios se compromete hace lo que dice. De ahí que haya un pacto al estilo antiguo, con seriedad, con sangre, con palabra, con ritual y memorial repetido que haga vivo y vigente el pacto para siempre y para todas las generaciones. Dios garantiza el futuro.

Vivir en esa confianza es participar ya de un adelanto que hace sentir la felicidad de lo que vendrá. Para eso hay que "subir a la montaña", cultivar la intimidad con Dios, salir a la intemperie del desierto y, en medio de la soledad de la vida, "mirar al cielo", asombrarse y abrirse al Dios que nos toma en serio y nos habla en sus obras y en Jesús.

Pepe Alegre
pepe@dabar.es



“Jesús cogió a Pedro, a Juan
y a Santiago y subió a lo alto
de la montaña, para orar”
(Lc 9, 28b)



Para reflexionar

¿Cuántas veces salimos a la realidad con los ojos de quien busca verse en medio de la inmensidad en la que Dios nos ha puesto?

¿Qué significa ser hijos de Abraham si no somos de su estirpe ni de su cultura, pero sí de su forma religiosa de ver la vida?

¿Cómo es nuestra religiosidad, de costumbres ordenadas y repetidas o de pasos decididos hacia un futuro distinto?

Abraham quiso tener ganados, tierra, poder, pero, cuando los tuvo, no tenía ni un hijo en el que ver la posibilidad de un futuro que tanto anhelaba. Desde entonces volcó toda su existencia en buscarlo aunque le superara. Por eso entendió que Dios es nuestro futuro y que, con Él, solo cabe tener confianza y vivir con esperanza.

Para la oración

Condúcenos, Señor, en el desierto de la vida, fuera de nuestros falsos refugios para poder mirar al cielo sin espejismos ni objetos extraños que nos aturdan y distraigan. Haz que contemplemos la grandeza de tus obras y la cercanía de tu compañía, para que no nos sintamos solos en el largo caminar hacia los grandes horizontes que buscamos.



Qué alegría encontrar en la travesía del desierto un pan reciente que alimente nuestra energía para seguir y un vino animoso para motivar nuestro compañerismo y solidaridad. Tú te haces pan y vino por nosotros. Esperas que nos hagamos, también, pan y vino que alegren la vida de otros y saquen de su interior nuevos ánimos para superar cansancios y abatimientos.



En medio de esta noche oscura que es vivir sin Ti y en la que muchos tratan de caminar a tientas y sin rumbo, nosotros los creyentes hemos de darte gracias porque iluminas nuestros pasos y señalas puntos de referencia que enmarcan los senderos de nuestra propia historia hacia el monte del encuentro contigo.

Contamos con Jesús, el guía de la vida, que nos habla de tu preocupación por todos y cada uno de nosotros siempre, pero especialmente cuando nos sentimos abatidos, cansados y desorientados. El nos abre los ojos para distinguir los signos de tu presencia y las señales de cambio que introduce en un mundo jalonado de problemas, desencuentros y necesidades.

Por Jesús sabemos que eres perdón, que abres los brazos para abarcarnos a todos dentro de tu misericordia y acogernos a todos en la amistad de tu casa y de tu tienda como hacía Abraham con los errantes del desierto.

Queremos expresarte nuestra gratitud porque eres un Dios que sigue teniendo en las estrellas sus signos de grandeza y luz, pero te nos muestras, sobre todo, en la imagen de un Jesús, tu Hijo, humano y necesitado como nosotros. Gracias por ser más humano que nosotros mismos y mostrarnos que el proyecto que tienes para todos nosotros es hacernos más humanos unos con otros.



En este tiempo de cuaresma que es el signo de nuestra propia historia, cultivemos la confianza de Abraham para poder esperar y hacer posible la necesaria esperanza que busca, incansable, la realización de los proyectos que la humanidad tiene pendientes.



Cantos

Entrada: Gloria a Cristo, Señor (de Erdozáin); Sube a la montaña (del disco "Cristo libertador"); Haz brillar sobre nosotros (de Elizalde, 2CLN-714); Cristo nos une en torno a su altar (del disco "15 Cantos para la Cena del Señor").

Acto Penitencial: de Aragüés.

Salmo: El Señor es mi luz (1CLN-505).

Ofertorio: Con amor te presento, Señor (del disco "Viviremos con Él"); Este pan y vino.

Santo: 1CLN-I 8; Santo (del disco "Canciones religiosas y litúrgicas para el siglo XXI"; puede ensayarse este "Santo" durante toda la Cuaresma).

Cordero de Dios: 1CLN-N 2; o el de Erdozáin.

Comunión: Purifícame... transfigúrame (del disco "15 Nuevos cantos para la Misa"; varias estrofas de este canto pueden ser muy útiles en este día); Cerca de Ti, Señor (popular); Tan cerca de mí (de Luis Alfredo).

Final: Gracias, Señor, por tu palabra (1CLN-O 4); Hoy, Señor, te damos gracias

La misa de hoy

Monición de entrada

Como Abraham, es bueno salir de nuestro refugio para mirar al cielo y observar los signos que Dios nos va mostrando. Como Jesús con sus discípulos, es bueno retirarse y subir a la montaña para ver signos del futuro. Como nuestros antepasados, es bueno venir y reunirse cultivando la comunidad poniendo en común la Palabra y la mesa.

-Tú que entiendes nuestro ánimo tantas veces desanimado. Señor, ten piedad

-Tú que has compartido nuestro caminar por la vida con sus cansancios y agotamientos, por eso eres nuestra mejor esperanza. Cristo, ten piedad.

-Tú que nos das un aire nuevo y transformas nuestro interior. Señor, ten piedad.

Saludo

Que Dios nos abra los ojos para ver en la vida los signos que nos permiten caminar con la confianza y la esperanza que Él nos da.

Que tu perdón, Señor, nos conceda experimentar el futuro como confianza porque nos acogerás incondicionalmente y nos harás llegar a alcanzar nuestros anhelos.

Acto Penitencial

Miremos a nuestro interior para ver los pesos que nos producen cansancio, las penas que nos atrapan en la tristeza y las limitaciones que nos provocan sensación de no poder. Esto de ser solo humanos es duro.

Monición a la Primera lectura

En la Biblia, el desierto es la imagen de la vida que hay que caminar. Abraham es la imagen del ser humano que debe buscar sus proyectos y otear en el horizonte sus metas. Detenerse a mirar al cielo puede parecer una pérdida de tiempo, pero es la

forma de encontrar la esperanza que, junto con el amor, es lo más necesario para vivir. Así se encuentra a Dios que le garantiza su compañía para siempre.

que su visión más real es la que nos ofrecen los seres humanos en su naturalidad más ordinaria que es la de ser necesitados. Como Jesús antes de resucitar.

Salmo Responsorial (Sal.26)

El Señor es mi luz y mi salvación.

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?

El Señor es mi luz y mi salvación.

Escúchame, Señor, que te llamo, ten piedad, respóndeme. Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro».

El Señor es mi luz y mi salvación.

Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio.

El Señor es mi luz y mi salvación.

Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor.

El Señor es mi luz y mi salvación.

Monición a la Segunda Lectura

En las ciudades comerciales del antiguo imperio helenista y romano, el materialismo se había hecho como carne y uña con la cultura. De ahí procedía un deseo de disfrutar el presente ante la falta de una perspectiva de futuro. Pablo invita a esta comunidad a no materializarse, a buscar otra dimensión en la que Dios tenga un lugar y pueda dejarnos su impronta de otras aspiraciones y esperanzas.

Monición a la Lectura Evangélica

Jesús invita a sus discípulos a subir a la montaña, es decir, a hacer el difícil recorrido de buscar a Dios y encontrar momentos de relación especial con Él, porque la oración ayuda a vivir momentos que son como experiencias adelantadas de lo que es la vida contando con Él. Pero sin olvidar nunca

Oración de los fieles

Ponemos ante Ti, Señor, la situación de nuestro mundo y de muchas personas que necesitamos de tu ayuda y nuestra colaboración.

- Por los que nos reunimos en la celebración de la vida y sentimos la confianza de tu Palabra y la esperanza de tu compromiso, para que lo hagamos conocer y promovamos tu fe. Roguemos al Señor.

- Por los que querrían poder creer pero la cultura materialista les impide decidir dar pasos hacia tu encuentro, como hizo Abraham, para que se pongan en marcha. Roguemos al Señor.

- Por los que viven instalados en la comodidad de la tienda y no salen a la intemperie de la vida y del desierto que es donde la fe crece, profundiza, madura y se hace más contagiosa. Roguemos al Señor.

- Por quienes viven atrapados en adicciones de tantos tipos: alcohol, droga, religiosidad infantil, cumplimiento, dependencia, miedo al futuro, para que consigan liberarse y vivir la libertad de Jesús. Roguemos al Señor.

- Por los que lo pasan mal y no tienen lo necesario para la vida, como el pan, el vestido, la casa, el amor, la esperanza, la alegría. Roguemos al Señor.

Escucha, Dios bueno, estas peticiones y ayúdanos a poner nuestra aportación en la tarea de hacer que nuestro mundo sea más humano y confiado. Por Jesucristo Nuestro Señor.

Despedida

Salgamos a la vida, como Abraham, y pongamos en marcha las actitudes propias del caminar para mostrar a los demás que nuestra fe es vivir en confianza y esperanza. Que nuestro Dios es un Dios de vivos y para construir la vida.





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

2º Domingo Cuaresma, 17 marzo 2019, Año XLV, Ciclo C

GENESIS 15, 5-12.17-18

En aquellos días, Dios sacó fuera a Abrán y le dijo: «Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes». Y añadió: «Así será tu descendencia». Abrán creyó al Señor, y se le contó en su haber. El Señor le dijo: «Yo soy el Señor, que te sacó de Ur de los Caldeos, para darte en posesión esta tierra». El replicó: «Señor Dios, ¿cómo sabré yo que voy a poseerla?» Respondió el Señor: «Tráeme una ternera de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón». Abrán los trajo y los cortó por el medio, colocando cada mitad frente a la otra, pero no descuartizó las aves. Los buitres bajaban a los cadáveres, y Abrán los espantaba. Cuando iba a ponerse el sol, un sueño profundo invadió a Abrán, y un terror intenso y oscuro cayó sobre él. El sol se puso, y vino la oscuridad; una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados. Aquel día el Señor hizo alianza con Abrán en estos términos: «A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto al Gran Río Éufrates».

FILIPENSES 3, 17-4, 1

Hermanos: nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. El transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo. Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos.

LUCAS 9, 28b-36

En aquel tiempo, Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y, espabilándose, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, qué bien se está aquí. Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». No sabía lo que decía. Todavía estaba hablando, cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle». Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

